

Mella: Un revolucionario en tiempos de sembrar

Dispuesto a realizar los más grandes sacrificios por Cuba, perseguido e incomprendido a veces, dejó lecciones para hoy

Por **CARIDAD MASSÓN SENA***



TINA MODOTTI

El joven Mella dejó escrito en varios de sus textos la alerta a los ingenuos que opinaban que el Gobierno de los EE.UU. podía ser fiel aliado o padre protector de los cubanos.

DIECISIETE años había cumplido Julio Antonio Mella cuando se fue a México a ver la Revolución con sus propios ojos. Meses después regresaba a Cuba, terminaba sus estudios en el Instituto y matriculaba en la Universidad. Su espíritu despierto y rebelde encontró un centro docente en plena efervescencia, el movimiento de la Reforma había traspasado sus puertas y los alumnos protestaban no solo por los problemas que ocurrían en las aulas, sino en todo el país.

Inmediatamente se incorporó a esa nueva dinámica. Participó en la constitución de la Federación Estudiantil Universitaria, en el Congre-

so Nacional de Estudiantes y en la fundación de la Universidad Popular José Martí. Fuera de los recintos educativos se reunía con trabajadores anarcosindicalistas, intelectuales de izquierda, militantes socialistas y se afilió a la Agrupación Comunista de la capital en 1923.

Pocos habían sido los materiales marxistas que había leído cuando supo de la muerte de Lenin, pero estaba seguro, ya en enero de 1924, de que aquella doctrina estaba lejos de ser un catecismo, ni un dogma para ejercitar, por eso escribió entonces: “No pretendemos implantar en nuestro medio, copias serviles de revoluciones hechas por otros hombres, en otros climas, en algunos puntos no comprendemos ciertas transformaciones, en otros nuestro pensamiento es más avanzado, pero seríamos ciegos si negásemos el paso de avance dado por el hombre en el camino de su liberación”.

Lo más importante, según lo veía el joven Mella, era forjar seres humanos que actuaran con criterio propio. Esta reflexión se convirtió en línea de conducta para toda su vida.

En sus cavilaciones resultaba prioritario introducir las nuevas doctrinas en los debates de la nueva generación: “La causa del proletariado es la causa nacional –afirmaba. Él es la única fuerza capaz de luchar con probabilidades de triunfo por los ideales de libertad en la época actual. Cuando él se levanta airado como nuevo Espartaco en los campos y en las ciudades, él se levanta a luchar por los ideales todos del pueblo. Él quiere destruir al capital extranjero que es el enemigo de la nación. Él anhela establecer un régimen de hombres del pueblo, servido por un ejército del pueblo, porque comprende que es la única garantía de la justicia social”.

Su artículo *Cuba, un pueblo que jamás ha sido libre*, analiza cómo el capitalismo estadounidense había sido siempre enemigo de la independencia de nuestro país. Alerta a los ingenuos que opinaban que el Gobierno de los EE.UU. podía ser fiel aliado o padre protector de los cubanos. Esta insula había dejado de ser colonia de España, para serlo de la plutocracia yanqui. América Latina no era libre, porque en mayor o menor medida, pertenecía al poder absorbente de Wall Street. Era apremiante la revolución social y exhorta a constituir la Liga Antimperialista, donde tendrían cabida todos los adversarios del mayor enemigo de la justicia y de la libertad. “La hora es de lucha, de lucha ardorosa, quien no tome las armas y se lance al combate pretextando pequeñas diferencias, puede calificarse de traidor o cobarde. Mañana se podrá discutir; hoy solo es honrado luchar”.

Varios miembros de la Agrupación Comunista lo ayudaron a concretar ese pensamiento y el 14 de julio de 1925 quedó oficialmente constituida la Liga Antimperialista. Un mes después, el joven tomaba parte en otro hecho importantísimo, la fundación del Partido Comunista de Cuba, sección de la Internacional Comunista.

Tan pronto como el régimen conoció de la existencia del Partido, se dio a la caza de sus integrantes. Comenzó por expulsar del país a su secretario general José Miguel Pérez y radicó una causa judicial contra sus militantes y los miembros de la Liga y la Universidad Popular. En tanto, el movimiento obrero era hostigado, reprimido y diezmado.

Mella se mostraba seriamente preocupado por dos cuestiones esenciales: la necesidad de la unidad entre los trabajadores para enfrentar al capitalismo local, y la creación de un

frente de todas las fuerzas revolucionarias del continente para luchar contra el imperialismo yanqui. En el mes de octubre uno de sus escritos se inicia con dos frases esenciales: “Proletarios de todos los países, uníos” de Carlos Marx y “Juntarse es la palabra del mundo” de José Martí. Y llama a la meditación a los que pretendían dividir a la masa obrera en un arcoiris de colores, cuando en realidad todo obrero explotado (sea cual fuere su ideología) estaba ansioso por emanciparse. Si se iba a constituir una sola organización sindical, no se debía excluir a ninguna, ya fuese *roja, blanca o amarilla*. La manera de cambiar su color no era apartándola. Reclamaba que todas “las fuerzas revolucionarias enemigas del capitalismo internacional: obreros, campesinos, indígenas, estudiantes e intelectuales de vanguardia”, debían formar un solo Ejército contra Wall Street y erigir una Internacional Americana.

En noviembre de 1925, el régimen abrió otro proceso contra sus antagonistas. Uno de los apresados fue Mella, a quien se le ocurrió la idea de asumir una forma de protesta bien contundente. Se declaró en huelga de hambre el 5 de diciembre, decisión que comunicó a dos camaradas de la Liga y la Universidad Popular. En ese momento, no tenía contactos con los dirigentes del PCC. Cuando estos se enteraron de su actitud, enviaron un mensaje pidiéndole que detuviera el ayuno; temían por su vida y consideraban que ese método era inadecuado. Pero, ya no había vuelta atrás y su gesto heroico tuvo gran repercusión nacional y continental e impulsó los combates contra la dictadura.

Luego de 20 días sin ingerir alimentos, ante las protestas populares el Gobierno ordenó la liberación del huelguista. Una comisión del Partido Comunista se reunió para analizar el proceder de Mella, quien dispuesto a realizar los más grandes sacrificios por la lucha no tuvo en cuenta que cualquier decisión de ese carácter debía estar aprobada por la organización a la que pertenecía. Su dignidad revolucionaria le impidió detenerse y decidió esperar a que el Comité Central (CC) entendiera sus razones. En el acto de defensa salieron a relucir, además, sus opiniones sobre las posibles alianzas de los comunistas con otras fuerzas sociales. Explicó al tribunal que él no era un hereje, un tra-

idor, ni un antimarxista, cuando consideraba que entre los dos bandos principales en pugna (proletarios y burgueses) había regimientos intermedios de distintas procedencias, que podían inclinarse hacia uno u otro extremo de las luchas, como los campesinos, los intelectuales y las clases medias. E incluso, los burgueses revolucionarios también debían ser considerados, como ocurría en China. Estas opiniones no fueron bien recibidas, y sus jueces resolvieron separarlo de las acciones políticas por dos meses, de las actividades del Partido Comunista (PC) por dos años, y una amonestación privada y pública.

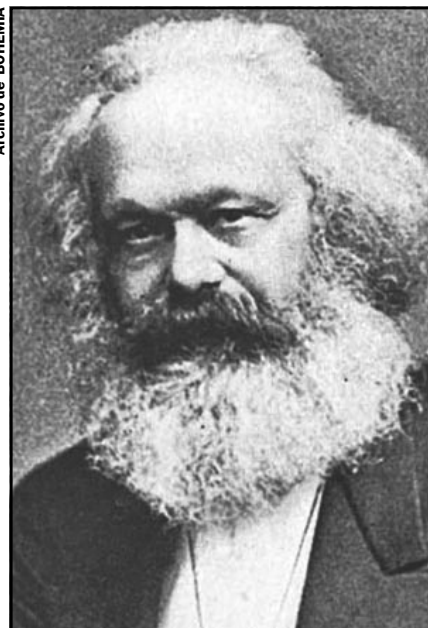
Como vemos la situación de Julio Antonio era muy delicada y decidió irse al exilio, llegando a establecerse en México, donde inmediatamente se acercó a los expatriados antimperialistas que desarrollaban una intensa vida política y se presentó al Partido Comunista Mexicano que lo incorporó a sus tareas cotidianas.

A pesar del dolor que le producía la actitud de sus compañeros del Partido Comunista de Cuba, escribió a sus camaradas de la Universidad para alentarlos a seguir sus labores y limar asperezas. Les recuerda que él seguía siendo el “mismo soldado de un mismo ejército” y “vosotros debéis constituir la vanguardia inteligente del proletariado. No basta QUERER emanciparse. Hay que saber, como lo han sabido los revolucionarios rusos por ejemplo”, “aprender con los números la necesidad, y, lo que es más bello, la irremediabilidad de la Revolución Social”.

A favor de Mella intercedió Charles Ruthenberg, secretario general del *Workers (Communist) Party of America*, quien redactó una misiva harto elocuente. En la misma señalaba que siendo Cuba una posición clave para el imperialismo, la tarea primordial del PCC era organizar a los obreros, unificar a todos los elementos deseosos de luchar contra el despotismo yanqui y convertir la Liga en una fuerte organización. Resultaban lamentables las controversias surgidas entre esas organizaciones. En conclusión, llamó al CC a reevaluar la sanción del camarada, hecho que ocurrió en abril de 1927 por orientación de la *Comintern*.

Una mezcla de madurez y pasión resalta en la actuación de este paradigmático revolucionario. En medio de las complicadas circunstancias

Archivo de BOHEMIA



Tras la muerte de Lenin, Mella estaba seguro ya de que el pensamiento marxista estaba lejos de ser un dogma, por eso escribió que no se podían hacer en nuestro medio copias serviles de revoluciones hechas por otros hombres, en otros climas.

de la Guerra Cristera, la energía mellista marcada por las experiencias de sus estudios en escuelas religiosas, lo habían convertido en un consecuente anticlerical y lo llevaron a participar en la ocupación de algunos conventos. Mientras que su visión sobre el carácter, las fuerzas motrices y los posibles aliados en la Revolución anticolonialista, si bien tiene en cuenta determinados principios generales que había impuesto la teoría marxista de su tiempo, también hacía una interpretación más consecuente con el panorama nacional cubano. Así subraya el 8 de septiembre de 1926: “La lucha contra el imperialismo de todas las fuerzas y tendencias, desde las obreras y campesinas hasta las burguesas nacionales (aunque éstas en su mayoría sean capaces de traicionar) es la lucha más importante en el momento actual, si el imperialismo puso a Machado para tener seguras sus inversiones, todos los oprimidos por el imperialismo lo quitarán para reconquistar o conquistar la libertad, cualquiera que sea el futuro de Cuba [...] Tenemos el deber de plantear el ‘problema nacionalista’ para unos, el ‘social’ para otros, pero antimperialista para todos [...]”. Sobre ese pensamiento tendría que volver continuamente, porque no era comprendido



En 1933, Juan Marinello trajo las cenizas de Mella a Cuba, y las custodió hasta el triunfo de la Revolución. El 10 de enero de 1976 fueron depositadas, en solemne ceremonia, en el obelisco del Memorial que lleva su nombre frente a la escalinata universitaria, donde nos recuerda que su voz sigue viva.

por el Partido Comunista de Cuba, ni por las instancias directrices de la *Comintern*.

En febrero de 1927, Mella presidió la delegación latinoamericana al Congreso Contra el Imperialismo y la Oposición Colonial de Bruselas. En ese entorno salieron a relucir las posiciones controversiales del dirigente de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), el peruano Raúl Haya de la Torre, quien junto a su compatriota Eudocio Ravinez, luego de una fuerte discusión aprobaron con "reserva" la "Resolución sobre América Latina" presentadas por la Liga Antimperialista de las Américas. Más que el propio contenido del texto, enseguida el cubano comprendió que la actitud de los apristas se justificaba en el giro anticomunista que se fue produciendo en el pensamiento de Haya de la Torre, en su afán de protagonismo, su interés en descalificar el rol del proletariado en es-

cenarios continentales, para exaltar a las clases medias y los sectores intelectuales, y decidió combatirlo en cuanto escenario fuera posible.

Estando en Moscú, Mella pidió a las autoridades de la *Comintern* que intercedieran con el PCC para que terminaran los problemas con los miembros de la Liga Antimperialista y la Universidad y se autorizara realizar contactos con Unión Nacionalista, "una especie de cuarto partido", dirigido por varios veteranos de las guerras de independencia, que aunque no era una genuina organización de obreros, colonos y campesinos pobres se había dado a la tarea fundamental de combatir contra la reelección y la prórroga de poderes de Machado. Mella se encontró con algunos de sus integrantes en Estados Unidos con el objetivo de comprometerlos en un proyecto insurreccional para Cuba. El ejemplo de Sandino en Nicaragua lo estimulaba sobremanera. Había que

llevar adelante el movimiento por la liberación nacional en la Isla. El PCC podría ser la estructura organizativa capaz de dirigir la lucha antimperialista. En una carta a un dirigente de la *Comintern* le decía: "Puede ser que tengamos el segundo Nicaragua en América con una sola diferencia que aquí tendremos el partido y la clase obrera más o menos organizada".

Con ese propósito esencial fundó en abril de 1928 la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos, la cual prepararía una expedición armada desde el exterior, respaldada por las fuerzas opositoras dentro del país. Varios directivos de la Internacional no estaban totalmente de acuerdo con los planes de Mella y sus camaradas exiliados. Se les ordenó que siguieran las instrucciones de los partidos comunistas de los países donde residían.

Sin prestar mucha atención a los requerimientos que venían de Moscú y previendo que los nacionalistas no aceptarían la acción insurreccional, Mella comenzó a gestionar sus propios recursos y logró acopiar una parte de las armas que estaban destinadas a un levantamiento fracasado contra el dictador venezolano Juan Vicente Gómez.

Como era necesario coordinar estrategias con los líderes comunistas en la Isla y llegar a acuerdos con los nacionalistas, Leonardo Fernández Sánchez fue enviado a La Habana. Carlos Mendieta, el cabecilla de Unión Nacionalista, eludió el encuentro; mientras el emisario llegado de México logró conversar con el general mambi Francisco Peraza. De la sala de reuniones salió el sujeto que denunció a la Policía lo que estaba gestándose. Leonardo fue apresado y luego deportado a los Estados Unidos. En esas circunstancias, conoció que se fraguaban planes para asesinar a Mella en México y le hizo llegar la información. Pero aquel muchacho de solo 25 años, no tenía intenciones de esconderse. Sus asesinos lo encontraron trabajando por la liberación de Cuba y le dispararon por la espalda. Murió la madrugada del 11 de enero de 1929.

Como escribiera el ensayista Fernando Martínez Heredia, "Mella fue un revolucionario en tiempos de sembrar". Pero como todo buen labrador, todavía anda cultivando ideas y conminando a la batalla. ●

*Doctora en Ciencias Históricas e Investigadora Titular del Centro de Investigaciones Culturales Juan Marinello.